

Revista SIN CONTORNOS

ESPACIO DE ENTRAMADO PSICOANALÍTICO
www.sincontornos.com



Nº7 - Marzo 2018

El doble carácter de la función materna
en la estructuración psíquica

Aníbal Repetto

*“La sexualidad emerge, en el pequeño ser humano,
por desviación y repliegue autoerótico de los
procesos vitales” (Laplanche, 2011, p. 79)”*

Silvia Bleichmar (2014) señala que debido a que la sexualidad se vincula con un plus de placer que no es reducible a la autoconservación, y por lo tanto no puede ser reducida al ordenamiento genital-reproductivo, lo autoerótico no es nunca integrado a lo genital, sino que mantiene una vía paralela. Vía paralela que Laplanche (2001) denomina paragenital.

Como plus de placer que no se reduce a la autoconservación, la sexualidad va a ser generadora de las primeras representaciones psíquicas, siendo, de algún modo, propiciadora de los inicios de toda posibilidad de simbolización; la cual parte, no de la función, sino de aquello que la excede.

La dominancia de las zonas de autoconservación no implica que la sexualidad sea un desprendimiento directo de los procesos autoconservativos, sino actividades puramente autoeróticas, o sea, regidas por el placer de órgano y no por su función.

Laplanche (2011) refiere que es debido a la insuficiencia de la biología que se suscita la intrusión del universo adulto, con sus estructuras, sus significaciones, y sus fantasías. El orden vital, por lo tanto, está contaminado por el orden sexual, a la vez que es sostenido por este. Si bien el otro es la condición de la sexualización precoz, no inscribe las representaciones ni los fantasmas, sino que produce inscripciones metabólicas respecto a estas. Así, en su carácter productivo, el psiquismo transforma lo que recibe, produciendo algo nuevo. En este sentido, Bleichmar (2014) refiere que la madre tiene que ser pensada como sexuada, o sea, como capaz de producir excitaciones que rompan el plano autoconservativo. Así mismo, señala que, en la constitución de la sexualidad humana, el objeto está implicado desde el inicio, siendo absurda la idea de anobjetabilidad. El autoerotismo es residual a una experiencia con el otro. Es “auto” en la medida en que vuelve sobre el sujeto, y no porque sea independiente de la relación con un objeto. Objeto excitante exterior responsable de la inscripción de las primeras representaciones; y por lo tanto, anterior al objeto representacional. Objeto representacional que una vez constituido, se torna anterior a todo reencuentro con el objeto externo; siendo el que articula las formas deseantes con el objeto de la realidad. Así, a diferencia del instinto, que se activa, lo pulsional se constituye. De este modo, el psiquismo no surge de la falta, sino de un exceso de presencia por parte del objeto exterior excitante. De tal modo, propone que la fuente de la pulsión no es una delegación de lo somático en lo psíquico, tal lo planteado por Freud, sino que, se trata de un excitante interno proveniente de la inscripción resultante del exceso de presencia del objeto exterior; de aquello sobrante que se introduce al producirse la resolución de las necesidades. Por tal motivo, la pulsión oral no nace del hambre, sino de la presencia de alguien provisto de inconsciente que lleva a cabo la tarea de alimentar. Se genera así la paradoja de que la pulsión se introduce por los puntos relacionados con la función, pero el resultado es la

desfuncionalización, responsable de la constitución de lo humano, a partir de la intromisión de la sexualidad del otro.

Bleichmar (2012) señala que la intersubjetividad está marcada siempre por la extrañeza de lo ajeno-propio reencontrado. El otro está siempre presente, ya sea como instituyente de la sexualidad, o como propiciante de los lugares capaces de producir derivados. Así, los intercambios entre la madre y su bebé se rigen por un plus de placer que no se reduce a lo autoconservativo. La madre, al introducir, durante el alivio de las tensiones biológicas, otras tensiones de orden sexual, las que al no ser resolubles por medios biológicos quedan abiertas a la simbolización, pone en marcha el motor del psiquismo.

Inconsciente y yo no se crean de la nada. El inconsciente no es algo dado (Bleichmar, 2012). Lejos de existir desde los comienzos de la vida, es un producto de cultura fundado en el interior de la relación sexualizante con el semejante, y fundamentalmente, un producto de la represión originaria que ofrece un topos definitivo a las representaciones inscritas en los primeros tiempos de esta sexualización. Motivo por el cual, las primeras inscripciones no son, desde el punto de vista metapsicológico, inconscientes en sentido estricto; ya que para que haya inconsciente debe haberse producido el clivaje psíquico que lo diferencia del sistema preconscious-consciente. La constitución psíquica tiene, por lo tanto, un origen real y no mítico.

Represión originaria a partir de la cual los contraivestimientos de los representantes pulsionales culminan en las representaciones totalizantes del narcisismo y en la instauración del yo. Previo a esto, existe un tiempo en el cual las inscripciones sexualizantes que dan origen a la pulsión ya se han instaurado, pero aún no se ha producido su fijación al inconsciente porque aún no opera la represión.

El hecho de que haya una energía somática que devenga energía psíquica - en principio sexual - es el efecto del encuentro con el objeto sexual ofrecido por el otro. El bebé en busca de lo nutritivo se encuentra con el pecho; objeto sexual de inicio, en la medida en que es ofrecido por otro humano provisto de inconsciente, que inunda de una energía no cualificada, propiciando en el real viviente un traumatismo, ya que efracciona algo del orden de lo somático por las vías de lo sexual. La vivencia de satisfacción no se constituye por el mero aporte de elementos nutritivos, sino porque ese elemento nutritivo es introducido por otro humano sexuado, provisto de inconsciente, y cuyos actos, por lo tanto, no se reducen a lo autoconservativo. Es debido a que la fuente de la pulsión se localiza en el objeto, y la meta en el placer de órgano, que la zona erógena se intercala como zona de apertura por la cual la cantidad exterior, el estímulo, se conmuta en excitación, en cantidad endógena.

La represión originaria, de un solo movimiento cliva del psiquismo un inconsciente primordial, que deviene un Ello, y que constituye los primeros objetos-fuente de la pulsión. Represión originaria que actúa en dos tiempos, un primer tiempo, pasivo, de implantación, primera inscripción de los significantes enigmáticos aún sin reprimir. El segundo tiempo está ligado a una reactualización y una reactivación de estos significantes, a partir de allí atacantes-internos, que el niño debe intentar ligar.

Tentativa de ligazón, de simbolización de significantes peligrosos, que desemboca en las teorías sexuales infantiles y en la represión de un resto indomeñable.

Bleichmar (1984, 2012) señala que desde el momento en que hay inscripción, y aún antes de que la represión fije la pulsión al inconsciente, su ataque propicia movimientos compulsivos evacuativos, necesariamente fallidos ya que su energía es inevacuable (dado que al no ser ya de carácter somático no puede resolver sus tensiones mediante el objeto autoconservativo).

“Antes de que se instituya la represión originaria, antes de que el yo cumpla sus funciones de inhibición y de ligazón, la intrusión de lo sexual deja a la cría humana librada a remanentes excitatorios cuyo destino deberá encontrar resolución a partir de conexiones y derivaciones que constituirán modos defensivos precoces” (Bleichmar, 2012, p. 40)

En el momento de la lactancia, el pecho, objeto de apaciguamiento de la necesidad autoconservativa, irrumpe, al mismo tiempo, como objeto sexual traumático, excitante, pulsante; generándose así un remanente excitatorio que debe encontrar una vía de descarga por medio de un investimento colateral de representaciones. El autoerotismo (succión de la mano, uso del chupete, etc.) cumple una función de ligazón organizadora de esta excitación sobrante.

La función materna (Bleichmar, 2012) posee el doble carácter de: a) generar un plus de placer mediante los procesos de pulsación que dan origen a las inscripciones de los objetos originarios, b) dar apertura a los sistemas deseantes a partir de la no fijación de las vías de placer a la satisfacción pulsional inmediata.

Las funciones sexualizante y narcizisante de la madre son premisas de partida para la estructuración de los sistemas psíquicos del niño. Siendo el narcisismo el tiempo segundo de la sexualidad humana, tiempo abierto sobre el Edipo y las instancias ideales que de este derivan. La introducción del narcisismo en la vida psíquica es premisa necesaria para el funcionamiento de los sistemas diferenciados, y para el contrainvestimento del autoerotismo.

La madre no decodifica, sino que codifica, mediante la inscripción en otro registro, aquellos fenómenos que devienen signos al poderles asignar un sentido. Convicción delirante que toda madre posee, de saber qué es lo que su bebé

necesita. Lectura que al estar atravesada por la cultura, que aporta un método de desciframiento, garantiza las posibles descapturas futuras del niño ante los excesos de sentido.

Lo narcisista está en relación con los modos de ligazón, tratándose de un sexual desexualizado, ya que surge de una relación erógena. El narcisismo es resultante del amor del otro, o sea, de la sublimación que este hace de su propio erotismo en relación al niño. Mientras que la pulsión parcial del inconsciente del adulto se centra en lo parcial de la boca o el ano, su amor, sublimatoriamente, lo alimenta, lo acaricia, lo contiene, lo reconoce como una totalidad. La primera forma de conflicto psíquico se produce entre autoerotismo y narcisismo, a partir de la renuncia a las heces, primero por amor a la madre, o por temor a perderlo, y luego por represión. Los diques que controlan el autoerotismo están en función de la conservación del vínculo con el otro.

La madre, atravesada por su inconsciente, el que agita a su vez a la cría, posee al mismo tiempo que sus representaciones deseantes, las representaciones yoico-narcisistas que le hacen ver a su bebe, desde el preconscious, como un todo, un ser humano. Así, la libido desligada, intrusiva, va a ser ligada de inicio por vías colaterales mediante el recogimiento que propicia este narcisismo estructurante de un vínculo amoroso. De este modo, en el momento del amamantamiento, la madre acariciara las manitos, sostendrá delicadamente la cabeza, etc., generando a partir de esto vías colaterales de ligazón, las que luego van a permitir la constitución del yo.

Investimiento colateral que tiene una función inhibidora que constituye el prerequisite sobre el cual va a asentarse el yo, cuando la identificación primaria lo moldee en tanto instancia.

El pasaje del autoerotismo al narcisismo implica un salto estructural cuyos prerequisites ya están en funcionamiento a partir de los cuidados tempranos que la madre prodiga, de las ligazones que propicia a partir de la interrupción que su

sexualidad instaure en tanto ser en conflicto agitado por mociones de deseo inconscientes, que abren la posibilidad de clivaje en la tónica del cachorro humano. Para que la cadena de facilitaciones pueda frenar los modos de evacuación compulsivos e instaurar vías colaterales que propicien un entramado ligador, es necesario que el semejante se aproxime al cachorro humano con representaciones totalizantes, narcisistas, y no solo como sujeto hablante. Estos sistemas de representación yoico-narcisistas tienen como prerequisite la instalación del proceso secundario, el lenguaje, en el preconscious, pero si bien es condición necesaria no es suficiente por sí solo.

Por lo tanto, el yo no se constituye en el vacío, sino que lo hace sobre la base de las ligazones previas entre sistemas de representaciones preexistentes. Ligazones que consisten en investiduras colaterales, o sea, el conjunto de maniobras amorosas que acompañan a los cuidados primarios, con las cuales la madre efracciona en el real viviente las zonas erógenas primarias. Yo que no está incipiente en el sujeto sino en el semejante humano, que a modo de “yo auxiliar” no provee solo los recursos para la vida, sino que inscribe estos recursos en su potencialidad de ordenamiento ligador propiciatorio de una articulación de la tendencia regulada a la descarga.



Bibliografía:

- Bleichmar, S. (1984) En los orígenes del sujeto psíquico. Del mito a la historia. Buenos Aires : Amorrortu editores
- Bleichmar, S. (2012) La fundación de lo inconsciente. Destinos de pulsión. Destinos del sujeto. Buenos Aires : Amorrortu editores
- Bleichmar, S. (2014) Las teorías sexuales en psicoanálisis. Que permanece de ellas en la práctica actual. Buenos Aires : Amorrortu editores
- Laplanche, J. (2001) Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Laplanche, J. (2011) Vida y muerte en psicoanálisis. Buenos Aires: Amorrortu editores